

entrevista

Margara Russotto

**Repensar la Amazonía y sus discursos.
Entrevista a Ana Pizarro**

Rethink the Amazon and its discourses.
Interview with Ana Pizarro

Repensar a Amazônia e os seus discursos.
Entrevista a Ana Pizarro

Margara Russotto es profesora del Departamento de Lenguajes, Literaturas y Culturas en la Universidad de Massachusetts, Amherst. Doctora en Letras por la Universidad de São Paulo. Ha publicado *La ansiedad autorial. Formación de la autoría femenina en América Latina: los textos autobiográficos* (compilación y edición) (Facultad de Humanidades y Educación; Universidad Central de Venezuela y Equinoccio; Universidad Simón Bolívar, 2006), *Tópicos de retórica femenina* (Universidad de Costa Rica, 2004), *Dispersión y permanencia. Lecturas latinoamericanas* (Universidad Central de Venezuela, 2002). Correo electrónico: margheri@spanport.umass.edu

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.CL18-36.rade

Cómo citar esta entrevista:

Margara Russotto, "Repensar la Amazonia y sus discursos. Entrevista a Ana Pizarro". *Cuadernos de Literatura* 18,36 (2014): 333-350.
<http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.CL18-36.rade>



Viaje a los infiernos del paraíso terrenal

Si el mito edénico ha sido tradicionalmente un poderoso núcleo organizador de la cultura latinoamericana, la Amazonía constituye su expresión más acabada y su negación radical al mismo tiempo. Sea infierno sea paraíso, dicha región es el objeto de estudio del último libro de Ana Pizarro, *Amazonía: el río tiene voces* (Santiago de Chile: FCE, 2009), el cual obtuvo el prestigioso Premio de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada 2011, otorgado por Casa de las Américas en La Habana, Cuba. Entre otros méritos, el veredicto destaca en él “la acuciosa y reveladora investigación que nos ayuda a entender un universo geográfico fundamental y sus implicaciones culturales”. El libro contará con la edición de diez mil ejemplares.

Ana Pizarro es profesora de la Universidad de Santiago de Chile, en el Instituto de Estudios Avanzados. Doctora en Letras por la Universidad de París, es una de las figuras fundamentales del latinoamericanismo y autora de numerosos estudios y compilaciones sobre literatura y cultura latinoamericanas, entre los cuales están *Sobre Huidobro y las vanguardias* (1994), *De ostras y caníbales: ensayos sobre la cultura latinoamericana* (1995), *Gabriela Mistral, el proyecto de Lucila* (2002) y *El sur y los trópicos* (2004). Cabe mencionar en particular los tres volúmenes de una investigación colectiva que dirigió durante varios años y que constituye la primera historia de la literatura latinoamericana (verdaderamente) multicultural y con criterios de comparatismo contrastivo que incluye Brasil, Hispanoamérica y el Caribe: *América Latina: palabra, literatura e cultura* (São Paulo, 1994). También es autora de una novela de “autoficción” publicada en 1994, *La luna, el viento, el año, el día* (el título es un fragmento del Chilam Balam, texto sagrado de los mayas), la cual constituye un hito importante en la producción narrativa de la postdictadura chilena que florece como un “miniboom” en la década del noventa.

Como tuvo oportunidad de comentar durante su conferencia en la Universidad de Massachusetts, Amherst, el 5 de abril del 2011, su libro es el producto de casi una década de investigación disciplinaria y personal en el área, explorando los discursos que forman el corpus de los diferentes saberes sobre esta vasta región latinoamericana. Se trata de un complejo universo sociocultural formado por ocho Estados soberanos (Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Surinam y Guayana), habitado por una población de más de veintitrés millones de personas que hablan cientos de lenguas diferentes y muchas veces son plurilingües. El Amazonas, atravesado por los ríos más importantes del continente con sus numerosos afluentes, es el mayor tributario de los océanos. Este espacio, que por último constituye más de la mitad del patrimonio biológico del

planeta, nunca había sido estudiado, hasta donde sepamos, con una perspectiva culturalista abarcadora y de unidad plural, como lo es en este caso.

En efecto, este estudio nos demuestra que la Amazonía no constituye solamente un reservorio de biodiversidad única sobre la tierra, sino también un espacio del imaginario “ocupado” y reinventado por diferentes discursos a través del tiempo. Desde las versiones “maravillosas” de los conquistadores en el siglo XV, a las aspiraciones clasificatorias de los naturalistas en el XIX, pasando por los documentos e informes sobre la explotación de sus productos para satisfacer el apetito de ambiguas modernidades, estos discursos van forjando la historia y las leyendas de la región, así como también siguen transformándose y alimentando las formas simbólicas de la literatura y el arte hasta hoy, siendo el río Amazonas un poderoso conector de isotopías. La autora retoma dichos discursos, son rescatados del olvido, son problematizados y vinculados a la totalidad continental, proponiendo una visión de conjunto y un discurso “otro” desde su misma interioridad.

Todo esto se hace con una perspectiva de heterogeneidad, como lo exigen las mismas fuentes, ya que la autora utiliza diversos recursos, acude al dato científico preciso y a la referencia antropológica, pero también a la fotografía, la entrevista oral, los mapas, el documental cinematográfico, los grabados de cordel, la noticia de prensa. Las numerosas ilustraciones (65 en un total de 249 páginas) ayudan a visualizar las etapas de este otro viaje al centro de un universo al cual era muy difícil llegar hasta hace pocos años. Por otra parte, el tono narrativo de muchos pasajes aporta otro encanto: los lectores van quedando como atrapados, seducidos por los aires de una “fábula” que es también riquísima trama de historias y acontecimientos constitutivos del imaginario regional, con sus mitos, leyendas y fabulosa geografía. El resultado implica por tanto el estudio riguroso y a la vez una operación dialógica de clara y feliz comunicación con los lectores.

Si el soplo “ficcional” y apasionante que comunica esta obra se explica por el dominio narrativo de la autora, cabe mencionar que también corresponde a un rasgo del ensayismo heterodoxo del pensamiento latinoamericano —consignado con éxito en otros momentos de su vida como académica y como escritora— y a la más noble filiación de ese género como fundador de la conciencia continental. Igualmente fundamental a este respecto se evidencia su perspectiva culturalista, en la misma impronta de los maestros Antonio Candido y Ángel Rama, y la doble conexión que se establece entre una noción amplia de *cultura* que abarca diferentes sujetos, y una noción de *discurso* entendido como lenguaje y representación de un determinado tópico que es construido de una determinada manera.

La Amazonía, como nos muestra la autora, “es una región cuyo rasgo más general es el haber sido construida por un pensamiento externo a ella” (26); es

decir, por prácticas discursivas que la construyen como una otredad. En este sentido, la hazaña de este trabajo consiste en de-construir y de-velar lo que encubre y hace extraño, articulando un nuevo discurso interpretativo. No es extraño que se hable frecuentemente de “expedición” a un espacio distante y mayormente desconocido; de un viaje literal y simbólico hacia un mundo tan lejano y desconocido, como lo fue para las numerosas expediciones de naturalistas y científicos del pasado apertrechados de instrumentos y herramientas necesarias, tanto para la sobrevivencia física como para la operación intelectual de “leer” e interpretar un mundo inédito. Como estos predecesores, el trabajo de Ana Pizarro es también el testimonio de un viaje. Solo que ahora el viaje es también un “desde dentro”; y es también un autodescubrimiento en el sentido en que el mismo sujeto se enriquece a través de la investigación mediante una experiencia sobre todo “formativa”, y no exclusivamente informativa o documental. Y en eso consiste la unidad de este libro, asegurada gracias a la evidencia de ese itinerario, que es personal y colectivo, interno y externo, disciplinario y pasional.

La Amazonía sigue siendo un universo de gran complejidad por explorar. Todavía hoy representa un territorio de implantación (abusiva) de la modernidad, superpuesta sobre estructuras premodernas y precapitalistas, más interesada en la economía mundial que en los intereses de la región. Lo muestra una nota de prensa que informa sobre la rebelión de once etnias indígenas de la Amazonía brasileña que ocuparon el dique a punto de construirse sobre sus cementerios (véase *La Nazione*, de Roma, del 28 de julio de 2010).

Durante estos últimos años, los efectos negativos en ese sentido han sido considerables: la floresta fluvial del Brasil ha sido devastada de 1.333 km² y en el río Juruena han desaparecido los peces. Cabe preguntarse cuáles son las diferencias entre esta explotación que hoy vive la región y las del pasado.

Pero, como afirma Cobo Borda en su interesante comentario a este libro, la Amazonía no es un receptáculo pasivo de discursos, pues

la Naturaleza, en la Amazonía, no parece muy inanimada: consume hombres, devora teorías, vuelve anacrónicas las novedosas cronologías. He aquí algunas de las primeras voces que este libro fascinante nos ofrece. Y que recoge tantas otras voces, desde los habitantes de la selva misma, las novelas y poemas que los recuperan como *Macunaíma* de Mario de Andrade o los poemas de Thiago de Melo, hasta hechos que nos conciernen de lleno, hoy día, como el narcotráfico. Pero el libro debe leerse en su integridad y analizarse con inteligencia. Ana Pizarro ha puesto en él tanto sensibilidad como conocimiento. Es un aporte fundamental para valorar una cultura no comprendida en su totalidad como aquella de la inmensa Amazonía.

La entrevista a Ana Pizarro que sigue a continuación aportará mucho más en este sentido. La misma fue realizada en su casa, en Santiago de Chile, en conversación libre entre el 30 de agosto y el 2 de septiembre del 2010.

MARGARA RUSSOTTO: ¿Cuándo y cómo empezó tu interés por este tema y esta región? ¿Cuántos años, viajes y lecturas le has dedicado?

ANA PIZARRO: Es una pregunta que me han hecho varias veces y que me he hecho yo también. Yo creo que empezó cuando llegué a Venezuela, es decir hace muchísimos años, fines de los años setenta, porque ahí la Amazonía empezó a existir para mí como algo real. Antes, la Amazonía, el río Amazonas, era simplemente una especie de imagen, de referencia, pero en Venezuela la Amazonía está muy presente. Es más, en aquella época tuve la posibilidad de ir a una excursión que hacía gente con muchos medios a la cual me invitaron, pero no lo pude hacer porque mis chicos eran muy pequeños y no podía dejarlos. Yo soy intelectual y madre, pero más madre que intelectual. Entonces, siempre me quedó esta idea, esta inquietud. Además de este interés personal, hay otras razones de gran importancia. La primera es que, evidentemente, la Amazonía se ha vuelto un espacio de enorme vigencia en la historia actual debido a todo lo que conocemos del cambio climático y la destrucción de la biodiversidad; la destrucción de la capa de ozono sobre todo, lo cual está conduciendo a un trastorno mayor y de alcance mundial. Esta segunda razón de interés es bastante importante. Y la tercera, es que me di cuenta de un hecho notable: la Amazonía no está en el espacio de los estudios latinoamericanistas; no existe. Porque también allí ella es considerada bajo el mismo cliché de todo el mundo: un espacio verde enorme con un montón de indígenas. Yo quería conocer más de este mundo un poco utópico, este mundo al cual no se podía llegar, y sentí que conocerlo respondía a una necesidad disciplinaria.

Entonces empecé a trabajar en proyectos relativos a ese espacio. La Universidad de Santiago de Chile me dio la posibilidad de diseñar un proyecto con los elementos que tenía. Lo presenté a la beca Guggenheim, lo cual me permitió empezar este estudio, y después al CONICYT de Chile. La Comisión Nacional de Investigación me financió cuatro años. Yo estoy desde el año 2002 trabajando en la Amazonía. Trabajando la Amazonía desde Chile, pero desde muchas otras partes. Es decir, he viajado a la Amazonía varias veces. Entro por Brasil, en general por Belem do Pará, o Manaus. Entro por Perú, por Iquitos, que sale más barato y es más rápido. Estoy previendo una entrada por Ecuador y por Colombia. También quiero entrar por la parte de Bolivia, que es muy interesante porque ahí hay un espacio cultural, el de Chiquitos, que constituye una dimensión musical de la Amazonía muy importante. He entrado en distintos momentos, por distintos lugares y por diferentes cantidades de tiempo. Por ejemplo, una vez me fui sola

por Iquitos y tomé cualquier cosa que navegara: de Iquitos hasta Leticia. Atravesé por Santa Rosa en el Perú hacia Leticia y de ahí pasé a la ciudad vecina de Leticia, Tabatinga, que queda en territorio brasileño. De ahí tomé un barco hasta Manaos, y de ahí a Belem. Hice todo este trayecto porque así iba conociendo mejor a la gente y dándome cuenta de situaciones concretas. Además, cuando estoy en Manaos, voy a las bibliotecas. Entro a las bibliotecas, en Belem también. Me informo, es decir busco información desde todos los ámbitos. Por tanto mi contacto con la zona, con la Amazonía, es un contacto que es por una parte desde afuera, pero también desde dentro a medida que voy hablando con la gente y buscando referencias. Me informo desde el interior para conocer su punto de vista, y además miro desde afuera que es otra manera también de ver adentro. Por ejemplo, en la Biblioteca Iberoamericana de Berlín estuve trabajando un tiempo sobre la Amazonía. Hay mucha información al respecto.

M. R.: El nombre “Amazonía”, ¿de dónde proviene? ¿Tiene relación con el mito de las Amazonas?

A. P.: Se llama Amazonía al conjunto de ocho países que conforman la hoya fluvial del Amazonas, y todos sus tributarios y afluentes, de la cual también forma parte el Orinoco para algunos autores. Es un espacio que está compuesto de ocho países que son: Guyana, Surinam, Venezuela, Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia y Brasil. El que tiene el mayor territorio es Brasil, ciertamente. Por eso, para la gente en general, cuando estamos hablando de la Amazonía es como si estuviéramos hablando de Brasil. Pero no es así. Hay toda una parte de la Amazonía que es hispanoamericana y una parte de la Amazonía que no lo es. Surinam, que es de tradición holandesa, tiene una parte que es de tradición inglesa; y está Francia incorporada ahí también, porque está la Guyana francesa que es un departamento francés, es decir, no es país independiente, digamos.

Ahora bien, ¿por qué se llama Amazonía? Es porque las Amazonas aparecen como una imagen recurrente desde las primeras crónicas de los europeos sobre la región. Como ejemplo está la crónica de Gaspar de Carvajal que narra el viaje de Francisco de Orellana, considerado el “descubridor” del Amazonas. Extraña consideración, como si el río Amazonas no hubiera sido navegado desde hacía cientos de años antes por los nativos del lugar. Pero quien lo descubre para Europa es ciertamente Francisco de Orellana. Él sigue la intención de Gonzalo de Pizarro, quien inventa la posibilidad de hacer esta excursión y logra financiarla. El lugar adonde Pizarro realmente quiere ir es un lugar mítico que se llama el País de la Canela. Dice haber escuchado de los indígenas que venían de allá que detrás de los montes, de los Andes, había muchísimos árboles de canela. Esta era, para los europeos, una de las formas de enriquecimiento: las especias. Él va a buscar el

País de la Canela, pero se va por el río Napo, y antes de llegar al río Amazonas tiene problemas porque se le acaban los víveres. El trayecto es muy complicado, la gente se enferma y todo sale mal. Entonces, en el camino encuentra a Orellana, su pariente, quien le recomienda esperar y le promete ir a buscar alimentos y volver. En realidad, se va y no vuelve más. Gonzalo de Pizarro se tiene que devolver. Orellana se da cuenta de que hay un tremendo futuro por explotar con todo lo que está viendo y empieza a bajar por el río Amazonas. Es Gaspar de Carvajal quien va desarrollando la narración, pues ellos necesitaban tener un escriba que informara a sus distintos gobiernos de lo que iban encontrando. Gaspar de Carvajal empieza a contar la historia de cuáles son los grupos tribales que los atacan, cómo son estos grupos, por cuánta gente están conformados, y es allí donde aparece el relato sobre unas mujeres que se llaman las “amazonas”, quienes viven hacia al interior del río y se dice que son mujeres que reciben hombres una vez al año y después los devuelven a su lugar. Ellas tendrían hijos de estos hombres, pero si eran varones los mataban o los entregaban a sus padres.

Las amazonas son, en realidad, algo que los españoles traen en sus mismas mochilas. Es decir, traen con ellos estos miedos que vienen de la Edad Media y del Renacimiento. La imagen de las amazonas es una imagen que, como se sabe, nace en Persia mucho antes de aparecer en el mundo grecolatino, pasa por el Renacimiento y llega a América. Los españoles, en realidad, vienen de la Edad Media, porque España es la hermana menor del capitalismo europeo. Ellos vienen con una serie de miedos y con un imaginario de fuerte represión. No olvidemos que la Edad Media es muy represiva; la Iglesia es muy represiva. Entonces, ahí aparecen las amazonas, y yo creo que por razones que Freud podría explicar muy bien. Porque, en el fondo, esta imagen tiene que ver con la represión erótica que tienen estos hombres encerrados en el barco durante meses. Surge pues este imaginario, y es así como el río comienza llamándose río Negro, después se llama Solimões, río de Orellana, y por último empieza a llamarse Amazonas.

M. R.: O sea que es desde su misma denominación, o atribución “nominal” en sus orígenes, que arranca la construcción discursiva de la región. En este sentido ¿qué implica tu afirmación de que el rasgo más general de la región “es el de haber sido construida por un pensamiento externo a ella”? (26). ¿Es ese rasgo una de las referencias comunes que caracteriza la macrorregión amazónica? ¿Qué otras referencias comunes presenta?

A. P.: Empiezo por tu última pregunta, ya que en primer lugar habría que referirse a este conjunto de países como una sola área. Yo diría que esta región se caracteriza por un clima que genera una cultura del trópico húmedo, como

dicen los estudios al respecto; una cultura que está ligada al espacio fluvial en general. Se trata de zonas de navegación fluvial, y hasta los años sesenta del siglo XX toda comunicación se hacía solo a través de ríos. Me llama mucho la atención que hasta hoy la referencia fundamental de todos los que viven allí sea el río. Yo soy —te dicen— del sur, de las orillas del Bío Bío, por ejemplo. Tú preguntas por un lugar en Belem do Pará, y te responden “Está muy lejos”. Lejos para mí es el sur, es São Paulo. Pero resulta que no. Lejos es Iquitos para ellos, porque la referencia viene del sentido del río. Entonces, toda esta especie de tejido fluvial es lo que convierte a la Amazonía en un espacio geográfico común. Yo trato de mostrar a través de esta reflexión, en este libro, que hay además un imaginario mítico que articula a toda esta región, que hay una forma de imaginar el mundo que hace que esta región constituya un espacio cultural diferenciado.

Ahora bien, esta forma de imaginar el mundo tiene que ver, por una parte, con la imposición mítica desde Europa, pero al mismo tiempo con el surgimiento y con la transgresión de esos mitos, que constituye su apropiación creativa. Por ejemplo, hay mitos que tienen que ver con el mundo europeo pero que cambian en la Amazonía, como el de las mismas amazonas. En Europa, por ejemplo, ellas se definen por la falta de un pecho, porque eso les permite usar el arco con mayor facilidad. En América, estas amazonas con un seno cercenado casi no existen. Ellas aparecen con su cuerpo entero, con un cuerpo que casi en todos los casos pertenece al diseño renacentista, y estos diseños de las amazonas están inscritos en los mapas en general, y en especial en unos que se llaman los portulanos. Se trata de mapas con dibujos, donde hay casas, grupos, gente. Están los ríos, y hay pequeños montes, pero además está dibujado todo el imaginario mitológico: monstruos, hombres con cabeza de chivo, cinocéfalos, *iwaipanomas* que son acéfalos, seres pequeñitos con los rasgos faciales en el torso. Aparecen hombres con cola, aparecen hombres con orejas hasta el suelo, aparecen las amazonas y muchos otros. Entonces, estos imaginarios es cierto que se proyectan en América, pero allí siempre cambian sus fisonomías. Yo creo que eso también es un tema de investigación. Hay por ejemplo un personaje, que es el *curupira*, como se le llama en el mundo brasileño. El curupira es una especie de hombrecito que cuida la selva, y a él se le pide autorización para entrar allí. Curiosamente, en la parte andina, por la parte hispana, se llama *chullachaqui* y, como el brasileño, tiene los pies al revés. Yo pensé al comienzo que este personaje era propio de la zona porque no había visto otras referencias, y sin embargo encontré que en el maestro de Dante, Bruno Lattini, aparece este personaje y tiene los pies al revés también, porque de ese modo engaña a sus seguidores. Por lo tanto, este imaginario mitológico es una de las referencias comunes de la región.

En cuanto a su construcción discursiva, en efecto, los discursos sobre la Amazonía comienzan siendo fundamentalmente discursos europeos. Porque es el discurso de los llamados “descubridores”, que en realidad no son colonizadores sino descubridores entre comillas, porque ellos no se quedan allí, sino que pasan por ahí. Los “descubridores” vienen primero, y luego está el discurso de los viajeros y los naturalistas. Todos estos son discursos externos a la Amazonía. Es posible que exista algún tipo de discurso interno sobre la región que pueda ser descubierto en algún momento por la arqueología. Es posible que las vasijas, por ejemplo —se han encontrado algunos depósitos de vasijas muy importantes en la isla de Marajó que hablan de una cultura muy refinada—, puedan mostrarnos un discurso otro; que en algún momento la arqueología hable de estos discursos, pero hasta ahora no existen. Recién ahora empezamos a tener memoria de los discursos de la Amazonía a través de sus propios habitantes; surge apenas con el momento de la explotación del caucho, en el siglo XIX. Es por eso que yo digo que un rasgo común de la región es que se hable de toda esta área desde fuera de ella.

M. R.: Otro de los aportes de tu libro es una relectura de la literatura de viajes, durante los siglos XVIII y XIX. Me parece apasionante el tema, incluso la diferencia que mencionas entre el delirio visionario de los viajeros españoles y la perspectiva más racional que traen los viajeros portugueses. Me gustaría que ahondaras un poco en todo esto, ya que el tópico del viaje está siendo debatido actualmente con sumo interés. Y ya que tu mismo libro constituye un gran viaje, literal y simbólico, al corazón de la Amazonía.

A. P.: Por una parte, en relación con la diferenciación entre la perspectiva del español y la perspectiva del portugués, yo diría que esto fue un problema bastante importante para mí. Empieza desde el momento en que conocí el Brasil y yo me preguntaba: ¿qué es lo que nos diferencia? Creo que lo que nos diferencia fundamentalmente es el hecho de que los portugueses conocieron el mundo asiático antes que el mundo hispano. Esto les cambia mucho la del otro. Hay un refinamiento en algunos sectores de Brasil que no lo tiene el hispanoamericano, y este refinamiento tiene que ver con la relación que tuvieron con el Oriente, la cual fue muy importante debido a los viajes que hizo Portugal antes de Colón. En relación con esto mismo, no hay que olvidar que, en el momento de la apertura de la Amazonía para Europa, el español viene con un imaginario de descubridor, es decir que viene a enfrentarse por primera vez con el otro. El mundo árabe lo había vivido durante un periodo muy prolongado, lo que le desarrolla una suerte de fantasía. En cambio, el portugués no tiene esa fantasía, porque ya conoce al otro por sus incursiones en África. Él se ha enfrentado ya, por ejemplo, con las religiones del otro, y por eso su cristianismo es distinto. Cuando nosotros leemos

los textos percibimos esa diferencia. Por ejemplo, si comparamos los textos de los frailes hispanos con los de Vaz de Caminha, o con los primeros textos de los portugueses, nos llama mucho la atención este, a veces, yo diría casi desparpajo con que se habla de los indígenas en el mundo portugués, con un tono de abierto erotismo, incluso. Se habla de sus formas, de sus cuerpos, cosa que los españoles no hacen. Entonces, hay una mirada diferente del español y del portugués frente al otro, porque los portugueses ya han recorrido toda la costa occidental de África, ya se han enfrentado a culturas diferentes, a otras religiones, otras formas de pensar, otras formas de vivir y eso les permite producir un discurso muy diferente.

M. R.: Además, tu libro habla de diferentes tipos de viajeros.

A. P.: Sí, como tú sabes, son los textos de los naturalistas. A mí me pasó algo muy curioso: mi primera percepción de los naturalistas es de un tremendo respeto, de admiración, que todavía tengo evidentemente. Pero lo que me llamó la atención al conocer la gente de la Amazonía fue darme cuenta de que lo que hicieron los naturalistas fue utilizar el método de organización de la ciencia de Linneo que acababa de ser puesto en boga en Europa, usando el conocimiento de los habitantes de la región. Porque si hay alguien que conoce exactamente cómo se comportan las plantas, de qué color son y cuándo florecen, en qué periodo ponen huevos las aves, sus colores, a qué hora se levantan, a qué hora se acuestan, son los habitantes de la región. Saben todo sobre todo. Por lo tanto, lo que los naturalistas desarrollaron fue una forma de sistematización desde la ciencia occidental. Pero el conocimiento estaba en los habitantes del lugar.

También lo importante en esta época es la literatura de viaje, es una literatura muy en boga. Esto es lo que ha estudiado Ottmar Ette, un investigador de la Universidad de Postdam, en Alemania, que por lo demás es un gran investigador sobre Humboldt. Lo que plantea Ette es que la literatura de viaje está en boga en Europa, porque la gente ha escuchado lo que sucede en América, entonces hay una gran búsqueda de literatura de viajes. Pero además de la literatura, hay otra cosa fascinante: es la dimensión utópica del viaje lo que permite proyectar todo un imaginario. Hay un texto de particular importancia que relata la historia de La Condamine, un enviado por el gobierno francés, quien entra a la Amazonía, vive allí diez años, y escribe su informe a la Academia de Ciencias de París. En este momento los europeos se han dado cuenta de que el conocimiento es un poder, y cada gobierno ha mandado sus misiones para tener su parte de este conocimiento, y por lo tanto de este poder. Una de las grandes excursiones es justamente la de La Condamine, quien viene a ver hasta qué punto la Tierra tiene los polos achatados, porque eso va a determinar los mapas de navegación. De modo que se suceden los viajes al Ecuador, a Quito, de geógrafos, matemáticos, científicos. Es

una expedición complejísima porque ellos llegan a Panamá y tienen que viajar a lomo de burro, con todos sus equipos, con las cosas que se les echan a perder, se les llenan de tierra, y sufren alteraciones y reveses de todo tipo. Uno de los hombres, incluso, muere en una historia muy turbia y nunca se sabe bien que pasó (se cree que hay un problema de faldas en medio). Luego, Goudin y La Condamine se separan. Goudin está con su mujer, y sucede que cuando La Condamine publica su informe aparece incorporada una carta de Goudin contando la historia de él con su mujer. De acuerdo al texto de la carta, la señora Goudin se queda esperando al marido, quien se adentra en la selva durante mucho tiempo, un año, dos años... Ella se empieza a desesperar y entonces se interna en la selva en su búsqueda, con un séquito evidentemente. Pero de nuevo, todos se empiezan a enfermar, muchos se mueren, y finalmente un grupo de indígenas la encuentra dando vueltas por la selva totalmente *toca*. Estos indígenas, después de mucho tiempo, logran encontrar a alguien que conocía a su marido, la embarcan y ella sale a encontrarlo en Cayena. Pero lo curioso es que en esto pasan dieciocho años. Naturalmente, esta es una historia que es leída como folletín. Y lo que a mí me parece interesante es pensar que esta historia está contada por el marido, pero si estuviera contada por la señora tal vez sería diferente, porque uno no entiende por qué se demora dieciocho años en juntarse con su marido.

M. R.: O sea que la literatura de viajes de esa época cumple diferentes funciones.

A. P.: Claro. Lo que pasa es lo siguiente: hay viajes y viajes. En esa época, se trata del “gran viaje” hasta comienzos prácticamente del siglo XX, cuando las familias poderosas hacen lo que se llama “el gran tour”, que significa la gran vuelta, y de donde surge la noción de turismo. Después, eso cambia totalmente porque a mediados del XX el viaje comienza a hacerse masivo, y a comienzos del XXI el turismo es algo que puede hacer cualquier persona. En cambio, hasta comienzos del XX, los viajes eran viajes de elegidos, era algo muy difícil de hacer, y siempre era algo que cambiaba al individuo, que lo transformaba profundamente. Es decir que cualquiera de estos individuos que salía y miraba otras constelaciones, volvía con sus ojos enriquecidos con otras estrellas, con otros astros. Habían pisado otras tierras, visto otros colores. Adquirían por tanto el prestigio de una sabiduría que pocos tenían. En ese contexto era un viaje transformador y un viaje de formación. Yo te digo que incluso en los grupos indígenas del Paraguay, entre los tupí guaraníes, a veces habían individuos que se les exiliaba del grupo, pero cuando volvían se les consideraba sabios porque traían en sus pies el polvo de otras tierras. ¿Una maravilla, no? Entonces este era un viaje de transformación.

Pero la noción de viaje cambia en el siglo XX, se empieza a pluralizar, surge la cámara fotográfica y el viaje empieza a cambiar su sentido. Ya no hay transformación,

el viaje es una especie de formalismo vacío que consiste en tomar fotos del viaje. No consiste en vivirlo, ni en transformarse internamente, sino en traer la memoria del viaje cosificada y en exhibirla para otros. Cambió totalmente el sentido de esta transformación interna que significaba el viaje. En el caso de la literatura que tiene que ver con la selva amazónica, se trata casi siempre de una literatura del viaje, el viaje que encuentra la selva. Por ejemplo, ese famoso texto que se llama *La selva* del portugués Ferreira de Castro y que relata el viaje hacia el interior de las caucheras, es un viaje de transformación. Y a Mario de Andrade el viaje a Pará lo transforma también, porque es un viaje a las profundidades de la cultura indígena y eso le permite escribir ese texto maravilloso que es *Macunaíma*.

M. R.: Creo que esos viajes a fines de los años veinte al norte de su país, al Brasil profundo, quedan consignados también en esa suerte de diario que él tituló *O turista aprendiz*. Y fíjate cómo el mismo título revela el momento del cambio en la noción de viaje que tú mencionabas: la coexistencia entre “aprendizaje” y “turismo”, manteniendo lo uno y lo otro en simultánea contigüidad o dinámica fricción, como casi siempre ocurría con la personalísima y original perspectiva de Mario de Andrade.

A. P.: Exactamente, el viaje en ese momento es todavía la transformación, el viaje que te golpea y vives intensamente. Los aristócratas y gobernantes de los siglos anteriores (siglos XVII y XVIII) enviaban a sus hijos, antes que ocuparan cargos importantes en la sociedad, a conocer y recorrer los tres grandes países de la cultura del momento, que generalmente eran Italia, Francia y España. Esos viajes eran viajes de formación y ritos de maduración indispensables. Yo me acuerdo que en mi niñez yo escuchaba que cuando se hablaba de alguien positivamente se decía: “¡ah! y ha viajado”, “es muy viajado”, “ha viajado a Europa”. La familia que había viajado a Europa ya había hecho el “gran tour”. Cuando uno escribía un currículum al comienzo se anotaba los países que conocía.

M. R.: Y a propósito de viajeros ilustres, resulta muy interesante tu visión de Humboldt. Mencionas su “pulsión medioambientalista”, como de un ecologista *avant la lettre*.

A. P.: Claro. Humboldt ha sido un personaje que ha sido puesto en evidencia por Ottmar Ette. A Humboldt no se le daba la importancia que se le da hoy hasta los trabajos de Ottmar Ette. Él era un científico de tipo renacentista, a pesar de haber vivido en un momento del romanticismo, porque él quería abarcarlo todo. Su gran obra es *Kosmos*, una obra que trata de abarcar climas, tierras, astros, todo. Humboldt llega a tierras de América, trata de entrar a la Amazonía; en realidad logra llegar al Orinoco, pero no se le permite la entrada al Brasil porque en ese momento el Brasil está vigilante y cuidadoso: ya están viniendo muchos

investigadores, de alguna manera se están llevando demasiados conocimientos y el Brasil se siente un poco intervenido. Por eso Humboldt no logra entrar al río Amazonas. Llega a la parte amazónica de Venezuela. No es que él sea un preocupado de la naturaleza al modo actual, sino que él es un gran admirador de la naturaleza. Cuando él describe la Orinoquía, cuando observa la naturaleza americana, lo hace con amor, con una especie de proyección emotiva que hace que se valore el universo natural.

M. R.: Pasemos a otro tema fundamental de tu libro: la historia de la explotación del caucho, o látex, o el llamado “oro elástico”. Esa parte de tu investigación lleva el título de “Las voces desgarradas”, porque se trata de una memoria de abusos y crímenes que le ha costado la vida a miles de personas. La memoria de ese “producto” es una cosa bastante nueva, parece que nadie hubiera hablado mucho de eso. Tu investigación rescata documentos impresionantes. ¿Podrías ampliar un poco este punto?

A. P.: Sí, es una historia muy larga y muy compleja. La parte donde mayormente hubo explotación del caucho fue en las fronteras entre Brasil, Perú y Colombia. También hubo en otros sectores de Brasil, pero en esta parte es donde están los relatos más conflictivos. Justamente, se está planteando para el próximo año una reunión en Manaos, y en los próximos meses también una reunión en Bogotá, lo cual tiene que ver con los cien años del libro azul de Roger Casement. Casement es un enviado del gobierno inglés: algunos lores ingleses estaban involucrados en el financiamiento de la explotación del caucho porque eran socios de uno de los grandes barones del caucho que era Julio Cesar Arana, un peruano. Allí se puso en evidencia el horror de la explotación del caucho. El caucho fue una materia prima sobre la cual La Condamine informó a la Academia de Ciencias de París, y a partir de esto se empezó a investigar el producto. Esto ocurre a lo largo del siglo XVIII, XIX y comienzos del XX. Se vio que era un producto muy importante, porque se hacían zapatos que no se mojaban, por ejemplo. Fue justo en el momento en que comenzó la gran revolución de las comunicaciones en el siglo XIX y comienzos del XX. Es cuando se inventa el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, la bicicleta (que es algo muy importante porque masificó la velocidad), el automóvil. El caucho empezó a ser fundamental en esta transformación y su valor empezó a subir en el mercado internacional. Subía día a día, y en la medida en que subía de precio su explotación se hacía de una manera cada vez más atroz, más inhumana e irracional, en la Amazonía, que era la única exportadora de caucho en ese momento. En efecto, para extraer el caucho, se empezó a traer indígenas, sobre todo huitotos y boras, y se les esclavizó. Evidentemente, en el interior de la selva no había control alguno. Los capataces hacían de las suyas,

porque a ellos les pagaban de acuerdo a la cantidad de caucho que entregaban. De manera que si no cumplían lo que se les pedía a los extractores de caucho, se les torturaba. El tipo de contrato que se hacía con ellos era el sistema de “aviamento”, de enganche, que consistía en que el trabajador iba a ser buscado en el nordeste para ser convencido de ir a enriquecerse en la Amazonía. Cuando llegaban a Manaus, se les subía al interior de un barco, se les llevaba al interior de la selva, y allí se les notificaba que tenían que pagar el viaje, de modo que ya eran deudores de un viaje. Desde el nordeste, hasta el interior de la selva, donde se les entregaba un hacha, a veces un fusil para defenderse de los pumas y otros animales salvajes, y algo más, estos individuos se quedaban esclavizados de por vida. No podían irse cuando querían porque no podían pagar su deuda, y si se morían, sus hijos tenían que seguir pagando la deuda. Entonces, muchos huían, pero se morían en el trayecto de la selva. Además estaban las violaciones de las mujeres, las torturas. Todo era espantoso.

Todo este horror empezó a ser denunciado primero por un periodista de Iquitos llamado Saldaña Roca, y lo hizo con una valentía bárbara porque Julio Arana era el dueño de Iquitos. Él era también el poder judicial, además del barón del caucho. Este periodista denunció pero nadie le hizo caso. Pero luego apareció un estudiante norteamericano que se llamaba Hardenburg; se internó en la selva, y cuando salió de allí mandó cartas y empezó a hacer denuncias en Inglaterra. Fue así como quedó al descubierto este horror a nivel internacional. El gobierno inglés —y ya que sus lores tenían capitales allí— mandó un cónsul de Inglaterra a Brasil para que levantara un informe. Y el informe de Casement fue espantoso. También un abogado peruano, C. Valcárcel, hizo un informe y fue perseguido durante toda su vida por esto. Y se fueron multiplicando los informes. Cuando Casement hizo el suyo, también el gobierno colombiano mandó a hacer un informe. También Arana hizo elaborar un informe a un francés que se llamaba Robuchon, y que curiosamente murió en extrañas circunstancias. Parece que tenía fotos comprometedoras, a pesar de que en su texto Arana quedaba bien parado. Todo esto trajo consecuencias terribles. A Casement se le empezó a denostar: se le empezó a atacar por su homosexualidad, lo cual era muy grave en aquellos días, y terminó también en una situación muy compleja. Al final, Casement, quien defendió a los irlandeses, terminó colgado por el gobierno inglés. Está pues toda esta historia del caucho en el centro de todos los problemas. Los barones del caucho tenían poder sobre un gran territorio. Julio Arana, que era de Iquitos, tenía casa en Manaus y también tenía oficina en Inglaterra, la Rubber Amazonian Company.

Todo esto se calló y se mantuvo escondido durante mucho tiempo. Nadie sabía de esto. Cuando yo empecé a trabajar, conseguir cada documento fue toda

una odisea. Hoy están empezando a salir los documentos, y existe una colección en Iquitos que se llama Monumenta Amazónica que ha difundido informaciones muy importantes. Por otra parte, hubo recientemente una exposición sobre *La vorágine*, en Bogotá, porque su autor, José Eustasio Rivera, puso en evidencia todo esto en esa novela. También Euclides da Cunha, en Brasil, escribió un texto sobre los *siringueiros* y con el estilo de él puso en evidencia el horror de vida que ellos tenían, en términos de civilización/barbarie, de acuerdo a su formación positivista, pero al mismo tiempo admirando profundamente a esta gente que estaba arriesgando la vida, y que hacía de su vida algo atroz para poder sobrevivir en medio de la selva. Esa perspectiva es la que está en *Los sertones* para denostar, pero con una gran admiración al mismo tiempo. Son textos que desde distintos países y fuentes te abren el panorama de lo que sucedía con el caucho en esa época.

M. R.: ¿Cómo obtuviste todas estas informaciones?

A. P.: Ellas están en las bibliotecas de la región. También hay documentos que están en el Instituto Iberoamericano de Berlín. A veces me los entregaba alguna persona desconocida. El documento de Valcárcel, por ejemplo, lo fotocopieé en una biblioteca de Iquitos fundada por un sacerdote que trabaja allí. Es una biblioteca importante, tiene documentos fundamentales. Ese era un texto que estaba perdido, lo tenía oculto un funcionario, y me lo ofreció un muchachito en la calle. Es decir que hubiera sido prácticamente imposible llegar a ese texto. Así que muchos aspectos de mi investigación significaron una búsqueda casi detectivesca.

M. R.: Supongo que esta compleja realidad documental se tematiza también en lo que llamas la “narrativa de la selva Amazónica”. ¿Cuáles serían sus momentos más significativos y obras más notorias?

A. P.: Hay una narrativa de la selva amazónica que tiene que ver con la historia de la selva, con sus habitantes, que tiene que ver con perspectivas actuales de la selva, y que está tanto en el lado hispano como en el lado brasilero. Marcio Sousa, por ejemplo, es uno de los grandes intelectuales en este sentido, y un gran narrador de la selva amazónica. También está Milton Hatoum actualmente. Él es muy interesante porque transmite la perspectiva del inmigrante árabe. En la Amazonía hubo una importante migración árabe y judía. Muchos personajes de Hatoum provienen de allí. Ellos eran los *regatones*, los que llevaban los materiales en embarcaciones para que la gente comprara. Al final estos regatones eran un problema porque la gente no tenía cómo pagarles. Fitzcarraldo fue un regatón primero, y luego se convirtió en un barón del caucho. Allí existía el enriquecimiento rápido, en una generación se hacían de una riqueza enorme y luego casaban a las hijas entre ellos.

En la narrativa de la selva Amazónica hay actualmente unos textos hermosísimos. En Colombia está William Ospina, que acaba de ganar el premio Rómulo Gallegos. William Ospina, que tiene una obra muy extensa, ha escrito una trilogía sobre el descubrimiento y la historia del Amazonas. Hay un texto que se llama *Ursúa*. Ursúa es el individuo que armó una expedición en donde iba Lope de Aguirre, y la armó sin dinero, solo a partir de los dineros de una joven viuda y buena moza y de un cura al cual le prometió que sería el obispo de El Dorado cuando lo descubrieran, que sería en un mes. Subió al barco con la viuda y entre los que iban en el barco iba Lope de Aguirre. Este empezó a darse cuenta de que todo el mundo estaba muy enojado con Ursúa, porque Ursúa estaba permanentemente con su viuda y no hacía caso del barco. Pasaba más de un mes y resulta que no habían descubierto nada. Entonces Lope de Aguirre mandó matar a Ursúa, mató a la viuda y después nombró rey (en un enfrentamiento con el rey de España porque no podía nombrarlo rey) a este Guzmán que era una especie de noble que iba en la expedición. Después, como ya no le sirvió Guzmán, lo mató también y después empezó a matar a gente como loco para tener todo el poder. El viaje de Lope de Aguirre es fascinante, porque el personaje mismo es fascinante. Se declara independiente de la Corona española en medio del Amazonas; una cosa tan increíble de la que el mismo Simón Bolívar dijo que había sido la primera declaración de independencia. Sobre Lope de Aguirre hay varias miradas. Entre otras, está la de Miguel Otero Silva. Está la de Herzog, en el cine, que es muy conocida. La Amazonía tiene, como pocos lugares en el mundo, una especie de espesor de los imaginarios muy inquietante, y eso hace que incluso quienes viajan o quienes ven la Amazonía de lejos tengan el impulso de escribir sobre ella. El mismo Julio Verne escribe *La jangada* sin nunca haber estado en la Amazonía, porque él es amigo de un pariente de Arana que le cuenta sobre el lugar. Mario de Andrade es otro viajero en la Amazonía, está de paso, y sin embargo fíjate lo que logra escribir. Es decir, la Amazonía genera una suerte de fuerza de los imaginarios, es un área que genera mundo simbólico. Se habla sobre ella como paraíso y al mismo tiempo como infierno. Otro ejemplo es Cristóbal de Acuña, que acompaña el viaje de Texeira, un portugués que hace la travesía río arriba, y habla del infierno de los mosquitos, porque resulta que a las seis de la tarde no logra vivir tranquilo porque vienen los mosquitos y lo destruyen. Es un mundo muy hermoso que al mismo tiempo está lleno de alimañas, de enfermedades.

Hay por lo tanto toda una línea de la literatura que tiene que ver con ese mundo, con la historia de la región, con sus habitantes, con el mundo indígena. Está Darcy Ribeiro que escribe sobre el indígena amazónico, tanto en sus estudios de antropología como en sus novelas. Pero no solamente los antropólogos,

sino también los indígenas están empezando a escribir ellos mismos, a publicar a menudo en ediciones bilingües, lo que es un fenómeno nuevo.

M. R.: Tu libro incluye un CD, un documental sobre una población llamada O Areal (El Arenal). ¿De qué trata?

A. P.: Por ahora el CD no está incluido en el libro, pero es posible que lo incorporemos en una reedición. Actualmente se está haciendo una traducción al portugués y será publicada por la editora de la UFMG en Brasil. Una editora con mucho prestigio. El documental está dirigido por Sebastián Sepúlveda y a mí me corresponde la investigación cultural. Ha tenido importantes premios internacionales (Safic, en Chile, Festival de Manaus) Se trata del imaginario de un grupo de descendientes de quilombolas, y hay importantes aldeas de este tipo en el área amazónica, sobre todo alrededor del río Trombetas, en Brasil y Surinam. En esta comunidad, la articulación social está dada, además de la tradición de su propia historia, por un arenal que está en la comunidad. Allí habitan los “encantados”. El problema se presenta porque el estado regional construye un puente que acerca la comunidad a la ciudad y esto hace que decidan vender la arena del arenal, con muchas dudas. Luego de esto, muchas cosas comienzan a suceder: hay robos, va quedando un inmenso hueco que se llena de agua estancada y con ella de posibles enfermedades, y además, los “encantados” comienzan a irse o a transformarse. Es uno de los discursos de la Amazonía actual encuadrado en algo muy presente: el encuentro del mundo tradicional con la modernización a ultranza.

M. R.: Después del recorrido por el pasado de la Amazonía, por ese otro “viaje” disciplinario, ¿cuáles son los peligros más serios que hoy enfrenta esa macrorregión?

A. P.: Yo diría que es la modernización a ultranza, que no considera las voces de los habitantes del lugar. Es así como el gran capital se va imponiendo por sobre las vidas de la gente y por sobre el equilibrio medioambiental: surgen grandes represas hidroeléctricas que invaden territorios y vidas —hoy está la de Belo Monte en Pará, la de Inambari, entre Cusco y Madre de Dios en la frontera peruano-brasileña— y cambian el paisaje ecológico. Está por otra parte la existencia de mafias de madereras que cortan árboles indiscriminadamente para la venta ilegal de maderas valiosas. Para esto se atenta contra la vida de comunidades enteras y así se pierden lenguas y culturas, se destruye la naturaleza impulsando cambios en el mundo natural que inciden en el cambio climático. Por la Amazonía circulan también, y con el poder que ostentan, las redes del narcotráfico. La Amazonía es una zona de riquezas enormes que desde siempre han sido objeto de la codicia y el saqueo. Hoy, el desarrollo tecnológico por una parte, que permite adentrarse

con mayor facilidad al interior de la selva, y el modelo económico que lo utiliza para su funcionamiento óptimo por otra, se vuelven un peligro.

Pero es sobre todo la falta de respeto por el ser humano y la naturaleza lo que allí queda en evidencia, no solo de parte del capital extranjero, sino también del poder económico nacional y regional. Se trata de un lugar de enormes riquezas y de posibilidades fundamentales para el futuro de la humanidad en donde viven algunas de las poblaciones más pobres del mundo.

M. R.: La parte final de tu libro apunta a una serie de reflexiones críticas. ¿En qué sentido estudiar los discursos de la Amazonía implica enfrentar los grandes problemas del futuro de la humanidad?

A. P.: Una de las razones que me hizo llevar adelante este estudio fue el dar a conocer, con la tribuna que uno pueda tener con su trabajo intelectual y como docente, una región que posee las riquezas que se sabe en cuanto a recursos minerales —oro, casiterita, fierro, aluminio, piedras preciosas, petróleo, entre otras— pero además otras riquezas que son muy escasas en el planeta. Ellas constituyen, sobre todo en la gran crisis medioambiental que estamos viviendo, la clave del futuro: son los recursos hídricos de la hoya amazónica, tanto de sus ríos como de sus aguas subterráneas, y por otra parte la biodiversidad existente allí como en pocos lugares del planeta. Se considera, por ejemplo, que si tú pones un pie en la tierra, allí, estás aplastando a mil especies.

Pero no hay solo esto. Esta situación genera otro problema que se necesita enfrentar: la voluntad de apropiación de la Amazonía por parte de grandes potencias. El que se le declare zona geopolíticamente estratégica para el desarrollo de la humanidad es una excusa para entrar en ella impunemente. Es lo que temen sus habitantes. Es por eso que América Latina necesita incorporarla dentro de su imaginario como continente. Necesita apropiársela a través del conocimiento, porque es el primer paso para poder defenderla.

Obras citadas

Cobo Borda, Juan Gustavo. “La Amazonía, de Ana Pizarro”.

Coboborda.org 2010. Web. 30 de junio de 2011.

Pizarro, Ana. *Amazonía: el río tiene voces*. Santiago de Chile: FCE, 2009.